

*Las novelas de la
Revolución Mexicana de 1910
escritas por sus testigos*

ELVIA MONTES DE OCA NAVAS

El escritor es el hombre de las respuestas independientes.
Y a menudo, en las sociedades políticas,
nadie cotiza las respuestas independientes.

CARLOS MARTÍNEZ MORENO
(1917-1986).

INTRODUCCIÓN

*H*oy, algunos profesores de historia parecen ser los defensores de una causa perdida en la medida que se proponen como guardianes de su enseñanza en un tiempo caracterizado por el inmediatismo, el individualismo, el hedonismo y la ley del más fuerte.

Los defensores de la enseñanza de la historia hacen hincapié en la utilidad de ésta para los humanos asuntos de hoy, a partir de una mayor y mejor comprensión del pasado y para establecer las bases de la colaboración como defensa contra el individualismo a ultranza que se practica.

Sin embargo, la enseñanza de la historia necesita de la revisión permanente de las ideas, especialmente de las que se dan por más evidentes y claras, y que, por lo mismo, son las que más exigen de la crítica. Así sucede con las “verdades” de la “historia oficial” que sigue dominando en las escuelas con respecto a la Revolución Mexicana de 1910, para señalar el tema de este texto. Presentar la historia a partir de fórmulas dadas de una vez y para siempre lleva a los alumnos, más tarde o más temprano, a la inseguridad y el desconcierto cuando las comparan con su realidad.

Las teorías que guían el sistema educativo mexicano, combinadas con las exigencias utilitaristas de la formación educativa, terminan por confundir a profesores y alumnos más que ofrecerles los elementos que unos y otros necesitan para alcanzar sus respectivos objetivos. Hay que repasar las propuestas a favor de una educación integral, para las que el ser humano posee potencialidades diversas y es capaz de una gran variedad de comportamientos concretos sobre la base de hábitos, habilidades, destrezas, capacidades y conocimientos, así como del manejo de muy variadas fuentes de información. Hablamos, parafraseando a Aristóteles, de potencias y actos.



En este texto se propone la lectura de las novelas de la Revolución, en particular las escritas por quienes atestiguaron e incluso participaron en el movimiento, como un apoyo didáctico de la enseñanza de la historia; se invita al lector a la revisión crítica de la historia oficial que gira alrededor de héroes y villanos, y se sugiere la ampliación y enriquecimiento de los contenidos de los libros dedicados al periodo revolucionario con aquellos materiales literarios.

ALGO SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

Es cierto que no sólo en la escuela se pueden provocar los cambios de formas de pensamiento sobre el mejoramiento de la sociedad, pero el espacio escolar es idóneo para ese propósito, siempre y cuando se procure la formación de seres humanos críticos, maduros y curiosos, insatisfechos con el aprendizaje rutinario de las cosas tal y como éstas *deben ser* en los términos de la lectura conformista del libro de texto que aleja de aquellos propósitos porque limita no sólo al alumno, sino al profesor. Se trata de generar un deseo que se asuma como siempre insatisfecho, pero por ello mismo no limitativo, pues libera potencialidades y fundamenta el crecimiento humano.

En la escuela se puede seguir haciendo lo mismo y de la misma manera. Lo mejor y más cómodo con respecto a la enseñanza de la historia es asirse a lo que ya está hecho, es decir, a la historia oficial, pero como lo señaló el dramaturgo Emilio Carballido: “hay un cierto maleficio en los sistemas de enseñanza que permite la perpetuación y difusión de los errores”.

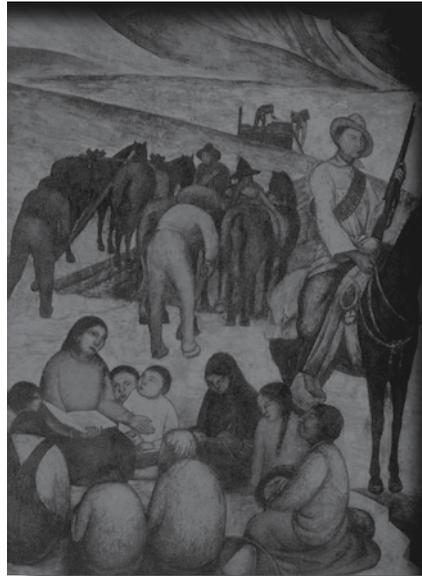
Una actitud indispensable en el profesor —el de nuestros días y el de todos los tiempos— es reconocer tanto sus saberes como su ignorancia (de hecho, es una actitud indispensable para cualquier persona), y un objetivo constitutivo de su ejercicio docente es la formación de lectores autónomos, capaces de seleccionar lecturas con un criterio válido y competentes para investigar con base en sus necesidades de aprendizaje.

Hay acuerdo en que el alumno debe ser visto como un sujeto activo que avanza cuando es capaz de reorganizar regularmente contenidos y esquemas de comprensión. La formación del sentido crítico le permite desechar ideas vacías de contenido y reformular de manera activa conceptos —pongamos por caso los de patria, revolución, identidad, nación, patriotismo, independencia y libertad, entre tantos otros— que vinculan pensamiento y acción. A esta tarea puede ayudar de manera importante la lectura de novelas históricas, las cuales producen goce estético pero también permiten lecturas diversas del pasado por la vía de los recursos estilísticos y de los contenidos que proponen los autores.

La lectura de fuentes diversas y variadas —en este caso las novelas históricas como apoyo a la enseñanza de la historia— permite construir nuevas ideas sobre lo que se sabe. “Conocer es organizar, poner orden en las interacciones con la realidad para hacerla inteligible” (Ferreiro, 1999: 121). Hablamos entonces de saber buscar información, seleccionar, juzgar, discernir, organizar, presentar, sospechar de lo que se halla y más de soluciones simplistas y fáciles; llegar a la comprensión de la historia como procesos, no como una acumulación de hechos y una sucesión de etapas, y entender las revoluciones como rupturas de un *continuum*; es decir, momentos críticos, pero también continuidades de un proceso más largo que incluye los momentos de ruptura.



Diego Rivera, *La maestra rural*.



LAS NOVELAS HISTÓRICAS

En la *Poética*, Aristóteles afirma que el arte imita a la realidad. Hoy, este aserto es discutible desde varios puntos de vista, incluido el de la sociología del arte, pero en particular es oportuna la diferencia que el sabio griego hace entre poesía e historial: “Y por este motivo la poesía es más filosófica y esforzada empresa que la historia, ya que la poesía trata sobre todo de lo universal, y la historia, por el contrario, de lo singular” (Aristóteles, 1989: 144). Las obras dramáticas, género al que Aristóteles se refiere, deben ser creíbles y coherentes, y contar una historia verosímil; con todo, cuentan lo que debería haber sido, mientras que la historia cuenta lo que fue.

Aunque la diversidad humana es muy amplia, en las novelas históricas se pueden identificar tipos humanos. A esto hay que agregar la innegable influencia que tienen el tiempo y la cultura en la modelación de interpretaciones y juicios. Personalidad y cultura señalan así la necesidad de conocer las motivaciones personales y los factores sociales e históricos que influyen en las formas de conocimiento y de conducta social, y de reflexionar en el comportamiento humano ante una situación histórica concreta.

De la novela, y en particular de la novela histórica, se puede decir que se trata de una obra de ficción que trata de lo universal, no de lo particular. El relato novelesco propone una versión subjetiva en que se plantea la posibilidad de lo que pudo haber sido en relación con un acontecimiento real; el relato histórico, en cambio, se atiene a los hechos sobre la base de las fuentes en que están consignados. En este sentido, la historia se refiere a individuos realmente existentes; la novela histórica puede referirse a sujetos con esas características y modelarlos ficcionalmente, pero también a personajes sin existencia que encarnan tipos y modelos humanos, formas de ser y pensar que rebasan incluso el tiempo narrativo. La novela tiene un propósito estético mediante el deleite, pero también es vía para adquirir conocimientos, e incluso distrae al lector de su rutina. En términos pedagógicos, la novela histórica permite al lector comparar épocas, formas de conducta y sistemas de valores. En



otras palabras, la literatura es una forma de conocimiento y la novela histórica, en particular, permite afinar los juicios del lector con respecto a los motivos, las conductas y las formas de ser de los personajes y de sus circunstancias, sin que tenga la obligación de condenar o aprobar sobre la base de pretendidas verdades absolutas. En síntesis, gracias a la literatura es factible elaborar juicios más humanos, comprensivos y reales sobre hechos y personajes históricos.

La novela suele contarnos una historia imaginaria. Las ciencias sociales, en cambio, que desde el desarrollo del positivismo han aspirado a ser verdaderas ciencias; tratan de postular una serie de proposiciones, relacionadas entre sí, con las pruebas que las pueden corroborar, acerca de lo que consideran que es el mundo real. (Berger, 1979: 372)

La historia propone hipótesis, hace deducciones y busca explicaciones plausibles con base en la información disponible; recurre a un lenguaje preciso y directo. La información que emplea puede enriquecerse o modificarse con nuevas fuentes. Es obvio que el propósito del conocimiento histórico no es el goce estético, aun cuando muchas obras históricas lo procuran, ya por su calidad estilística, ya por el tema que abordan. En cambio, “la verdad poética se halla expresada en un lenguaje estéticamente agradable, rasgo que es un elemento importante de su capacidad de persuadir” (Berger, 1979: 379).

En todo caso, el novelista histórico, sin tener las obligaciones del historiador, puede aprovechar (no lo necesita tanto como el historiador, pero a veces le hace bien) el conocimiento histórico para fundar sus juicios. Combinar historia y ficción es un ejercicio de complementariedad que apunta a un tipo específico de conocimiento en que se reúnen goce estético y reflexión. Dicho en unas cuantas palabras, se trata darle verosimilitud al relato.

La novela histórica no es una galería fotográfica, incluso si el escritor es testigo de los hechos que relata —para nuestro caso, la Revolución de 1910—, sino la interpretación de un autor ideológicamente mediado que emplea una forma de expresión socialmente creada pero elaborada de manera personal y, por lo mismo, única. El creador proyecta en los personajes sus ideales, valores y visiones del mundo y de la sociedad. Desde luego, con alguna frecuencia es posible encontrar desesperanza y desilusión en el novelista, sobre todo cuando hay discrepancia entre su propuesta creativa y el curso de los acontecimientos, lo cual puede apreciarse en algunos de los escritores de la Revolución. “La ficción ha procurado también ser algo más que un retrato de la vida. Los novelistas han deseado señalar una lección moral, directa o indirectamente, por lo que nos han ofrecido una crítica además de un cuadro”. (Berger, 1979: 327).

Esta discrepancia se puede entender de otra manera:

[...] la novela se caracteriza como la historia de una búsqueda de valores auténticos de un mundo degradado, en una sociedad degradada, degradación que en lo tocante al protagonista se manifiesta principalmente por la mediatización, la reducción de los valores auténticos en el valor implícito y su desaparición en tanto que realidades manifiestas. (Goldmann, 1964: 24)

Como testigo que enjuicia, el narrador introduce su propia ética como un problema estético, de ahí que su ideología pueda ser tema de análisis con respecto a su obra. En la mayoría de las novelas de la Revolución Mexicana que se proponen a continuación aparece una conciencia discursiva desdichada, desilusionada, desesperanzada.



LAS NOVELAS DE LA REVOLUCIÓN

En términos generales, son consideradas como novelas de la Revolución las que narran el periodo armado de la misma (1910-1917). Este es el criterio que se emplea en el seguimiento de las novelas incluidas en la antología que preparó Antonio Castro Leal y en la inclusión de otras asimismo importantes, como *La malhora*, *El desquite* y *La luciérnaga*, de Mariano Azuela; *La negra Angustias*, de Francisco Rojas González, y *Tierra caliente* y las novelas cortas incluidas en el volumen *El sur quema*, de Jorge Ferretis. Mención especial merecen *La tormenta* y *El desastre*, de José Vasconcelos, que forman parte de las memorias del escritor, político y filósofo, y que aun cuando no son obras de ficción, remiten al periodo referido.

La selección no es entonces arbitraria, azarosa o totalmente subjetiva. Las novelas incluidas en la antología de Castro Leal son *Los de abajo* (El Paso, 1916), *Los caciques* (México, 1918), *Las moscas* (México, 1918), *El águila y la serpiente* (Madrid, 1928), *La sombra del caudillo* (Madrid, 1929), *Ulises Criollo* (México, 1935) [primera parte de las memorias de Vasconcelos], *La revancha* (San Luis Potosí, 1934), *Cartucho* (México, 1931), *Las manos de mamá* (México, 1937), *Apuntes de un lugareño* (Barcelona, 1932), *Desbandada* (México, 1934), *Campamento* (Madrid, 1931), *Tierra* (México, 1932), *Mi general* (México, 1934), *Tropa vieja* (México, 1931), *Frontera junto al mar* (México, 1953), *En la rosa de los vientos* (México, 1941), *¡Vámonos con Pancho Villa!* (Madrid, 1931), *Se llevaron el cañón para Bachimba* (México, 1931), *El resplandor* (México, 1937) y *La escondida* (México, 1947). A las cuales se agregan para los propósitos de este texto: *La malhora* (México, 1923), *El desquite* (México, 1925), *La luciérnaga* (Madrid, 1932), *La negra Angustias* (México, 1955), *Tierra caliente* (Madrid, 1935) y *El sur quema* (México, 1937), además de las mencionadas *La tormenta* (México, 1936) y *El desastre* (México, 1938), de José Vasconcelos que, como ya se señaló, no son novelas, sino dos de los libros en que aquél dividió sus memorias. Los textos mencionados son idóneos para realizar el análisis literario de la Revolución y dan cuenta de la búsqueda de un nuevo sistema social por parte de quienes participaron en el movimiento.

Las novelas consideradas son asimismo memorias de sus autores en el sentido de que éstos dan a conocer su participación en el movimiento revolucionario a través de ellas. “El género adopta diferentes formas, ya el relato episódico que sigue a la figura central de un caudillo, o bien la narración cuyo protagonista es el pueblo; otras veces se presenta la perspectiva autobiográfica y, con menos frecuencia, los relatos objetivos o testimoniales” (Martínez, 1966: 1).

Los autores seleccionados se pueden dividir en dos grupos: en el primero, integrado por los autores nacidos entre 1873-1890, están quienes se unieron con entusiasmo al movimiento revolucionario para derrocar al usurpador Huerta, conocieron de cerca las hazañas y las traiciones de los grandes jefes de la Revolución: Madero, Zapata, Villa, Carranza, o lucharon en las tropas revolucionarias al lado de alguno de los caudillos. Se trata de Mariano Azuela (1873-1952), Martín Luis Guzmán (1887-1976), José Vasconcelos (1882-1959), José Rubén Romero (1890-1952) y Agustín Vera (1889-1946).

El segundo grupo lo integran los escritores nacidos entre 1895 y 1913 —con excepción de Urquiza—, entre los que están quienes debieron interrumpir sus estudios por el estallido de la Revolución o bien permanecieron como testigos mientras continuaron su formación académica o se enrolaron en los diversos ejércitos revolucionarios a finales del movimiento armado. Forman este grupo Francisco L. Urquiza (1891-1969), José Mancisidor (1895-1956), Nellie Campobello (1913-1986), Gregorio López y Fuentes (1897-1966), Rafael Felipe Muñoz



(1899-1972), Mauricio Magdaleno (1906-1986), Miguel N. Lira (1905-1961), Francisco Rojas González (principios de siglo-1951) y Jorge Ferretis (1902-1962).

En los dos grupos hay una variedad de actores y de testigos de la Revolución que dejaron a la posteridad la narración dramática de sus experiencias, en que las traiciones —por señalar sólo un tema recurrente— se refieren tanto a personajes históricos reales como a personajes ficticios. La riqueza literaria describe ambientes y espacios —las frías madrugadas y el campo de batalla—, situaciones —los fusilamientos, la actitud de los soldados y las soldaderas ante el peligro—, las consecuencias materiales de la guerra —destrucción de pueblos y haciendas—, el tránsito biográfico de los personajes —el adolescente y el hombre maduro envueltos en el torbellino de la violencia; el hombre anónimo ascendido a general sólo para que, luego de sobrevivir, regrese al anonimato del que salió— y el rico arco de las emociones —las mujeres que asisten impávidas al asesinato de sus hombres mientras sus hijos reciben su bautismo de violencia; el peonaje en que se reúnen los callados y los taimados—, etcétera.

LA RIQUEZA DE LA NOVELA HISTÓRICA COMO APOYO DIDÁCTICO

En tanto que narración de lo vivido, las novelas y las memorias de Vasconcelos *Ulises criollo* consideradas en el primer grupo se diferencian de las del segundo, pues en éstas hay una narración de lo representado; los autores incluidos en el primer grupo están envueltos en sucesos a los que pretenden dar sentido, y en su empeño narrativo, se mueven dentro de sus respectivos márgenes y esquemas de significación (ideológicos). “Entendemos aquí por ideológico que la función de la visión no es proporcionar un informe fiel del mundo, sino construir de éste una imagen que calme la angustia engendrada por la situación que narra” (Leenhardt, 1975: 123).

Hay en las novelas históricas y memorias mencionadas la crítica a la decadencia de la sociedad tradicional-liberal, sus valores y los sentimientos que éstos les despertaban: libertad (parcial), honradez, veracidad, justicia, igualdad, solidaridad. Lo civilizado es contrastado con lo bárbaro (como etapa inicial del desarrollo humano), primitivo, instintivo y animal, pero la pugna entre civilización y barbarie no encuentra siempre una síntesis creadora.

Sin embargo, toda esta obra relativa a la Revolución motiva al lector a cuestionar la relación entre el autor y la realidad que describe, así como la ideología subyacente como resultado del medio social del que proviene el autor respectivo. Se puede apreciar así una burguesía en peligro, frágil y en decadencia moral asediada por los “otros”, los que buscan salir de su oprobio, pero en quienes hay también decadencia. Los hombres de la Revolución cambian fácilmente de bando, igualmente “los de arriba” y “los de abajo”, y es frecuente que no vislumbren el mundo nuevo y mejor que buscan. La suya es una realidad degradada en que ideales y valores tienen un lugar precario; los proyectos y programas de largo plazo son sustituidos por lo inmediato y la ventaja es de quienes están colocados coyunturalmente en una mejor posición, como los astutos: aquellos que saben estar en el momento y lugar precisos.

Es frecuente que el indio, el soldado, la soldadera, el campesino miserable y su familia representen lo negativo, pero más que por un juicio moral laborado literariamente, por la situación misma en que están inmersos los personajes: por eso están “abajo” y son también dignos de compasión por su ignorancia y condición ancestral. En el otro extremo están los de “arriba”, representantes de la razón, quienes se comportan de manera oportunista, pues aprovechan toda ocasión para sacar provecho. Por ello, merecen desprecio. Letrados e



iletrados se vuelven inteligibles a la luz de la razón, la lógica y, sobre todo, la ética del escritor.

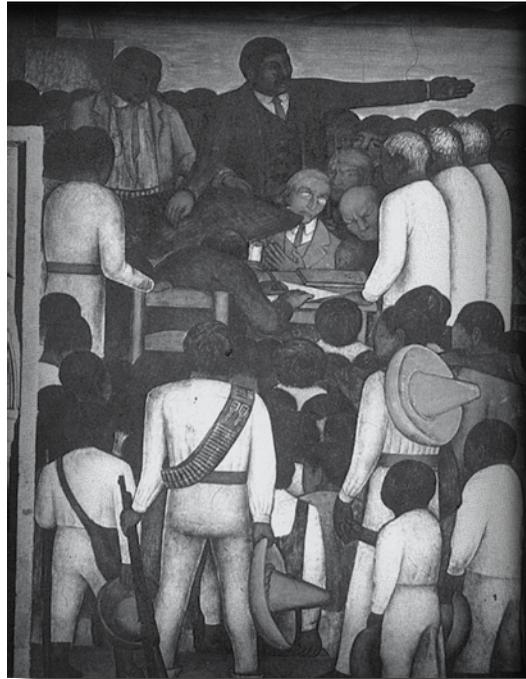
Hay que destacar la oposición frecuente entre las realidades de los novelistas de la Revolución y las realidades de los grupos revolucionarios, que se unen en la violencia. Y si bien las tinieblas se oponen a la luz, no impedirán que de la literatura salga la visión del mundo que permita interpretarlo por la vía de la escritura. El antiguo orden se desmorona. Su lugar es ocupado por el caos, por el desorden total que invierte los valores. A los novelistas les corresponderá darle sentido al sinsentido de los acontecimientos, no sólo como una tarea creadora, sino como un recurso para no hundirse ellos mismos en el caos. En este sentido, se puede decir que para los novelistas de la Revolución la escritura resultó ser también una catarsis.

En los libros mencionados hay narración e interpretación, y los puntos de vista, como es natural, son muy diversos, pero en todos los casos hay una postura estética y una posición ideológica desde las que se busca hacer inteligibles los hechos. “No hay tiempo de pulir las frases: todo desemboca en una extrema economía narrativa, y esta economía es un estilo del realismo” (Ruffinelli, 1982: 67). De ahí la reproducción o creación de apodosos para referir rasgos físicos y morales, el recurso al anonimato de los personajes, la descripción crispada del fiero enemigo y la lealtad exaltada al jefe inmediato.

Los novelistas de la Revolución tomaron partido aun en los largos momentos de transición en que la indefinición era lo único visible. En la mayoría de los textos referidos hay crítica social y política. Algunos son desmitificadores e incluso antioficialistas. En otras, es perceptible la proyección de lo que “debió ser” y no fue, así como el cuestionamiento a los diversos bandos y grupos en pugna. No hay exageración en señalar que los novelistas de la Revolución, en términos generales, resultaron cronistas de un fracaso histórico. Algunos fueron acusados de reaccionarios y de contrarrevolucionarios, como Mariano Azuela, porque no pudieron ver (se ha dicho), inmersos en la inmediatez de los hechos, la grandeza de la Revolución Mexicana. Pero Azuela es inclemente porque desde su superioridad cultural y su ética-liberal, descarna hechos y elabora personajes tomados de la realidad a su alcance.

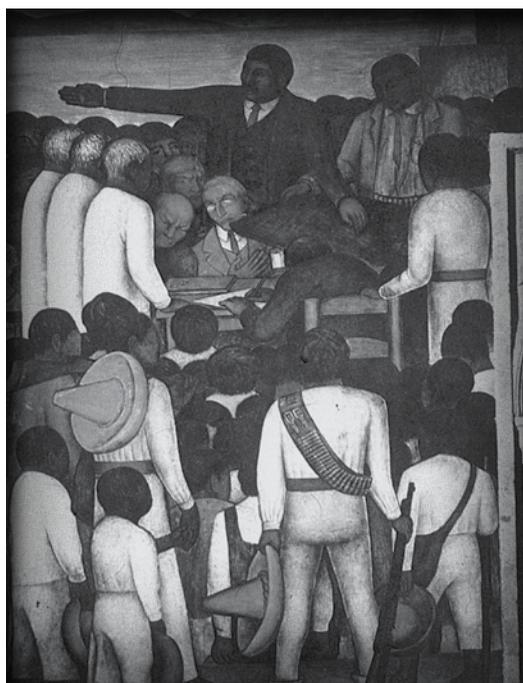
“Los de abajo”, raza degenerada entregada al alcohol y las bajas pasiones, al saqueo y la barbarie, como revancha por sus penas, que nadie puede contener. Es el caso de Demetrio Macías, el personaje de la novela de Azuela, quien, al borde de una barranca, reflexiona sobre el viento impetuoso de la Revolución que arrastra todo lo que encuentra a su paso: “Mira esa piedra cómo ya no se para...”.

“Los pensadores preparan las revoluciones; los bandidos las realizan”, escribe Azuela en *Las moscas*, al triunfo del carrancismo, en el que se dan cita “camaleones” que cambian de piel según lo exige el ambiente; se visten de revolucionarios cuando antes eran reconocidos



Diego Rivera, Reparto de tierras.





porfiristas o huertistas, algo así como los políticos “chapulines” de hoy. “Azuela supo ver también los ‘episodios’ nefastos de la Revolución traicionada, como la subsistencia de los antiguos funcionarios y militares trasmutados en ‘revolucionarios’ de última hora” (Ruffinelli, 1982: 101). Entre las mujeres que aparecen en *Los de abajo* destaca la “Pintada”: mujer “fácil”, soldadera por gusto o por necesidad. Es un modelo humano de las soldaderas que aparecen en otras novelas. Con este ejemplo se verifica una vez más la idea aristotélica sobre lo universal de la literatura ante lo particular y factual de la historia. Son tipos humanos que se resuelven literariamente de manera intemporal, siempre y cuando no cambien las condiciones sociales de las que surgen.

Azuela tenía 37 años cuando se dio el levantamiento de Madero. Fue su partidario, así como lo fue de Villa y, consecuentemente,

fue enemigo de Carranza. “Azuela tuvo convicciones y ningún temor de trasladarlas a la literatura” (Ruffinelli, 1982: 7). Su obra literaria es la expresión de un hombre de estudios, pues fue médico, aunque tal vez no la de un literato consumado; es decir, fue limitado por su visión del mundo, de la vida y de la sociedad por su formación académica y sus intereses de clase. Se decepcionó del movimiento revolucionario y sus actores principales, “los de abajo”, debido a que ni las ideas ni las acciones de éstos coinciden con los ideales, valores e intereses de la clase media educada a la que pertenecía el escritor; pero también se decepciona de “los de arriba”. Y si los pobres no tienen los ideales y valores de Azuela, los segundos los ignoran y corrompen. El escritor narra su presente histórico, los acontecimientos de su época, con un trasfondo épico y ético, y a partir de su ideología liberal.

José Rubén Romero, en cambio, resalta su apego y nostalgia por la provincia y su temor a la ciudad, por viciosa e inconmensurable. Es un defensor de un provincianismo cuya tranquilidad fue arrasada por la revolución.

En la narrativa revolucionaria aparecen escritores que son portadores de una ideología anticlerical y laica, cuestionadora de los curas que, a cambio de jugosas limosnas, son comparas de los ricos y poderosos, y sus garantes espirituales, pero igualmente son embaucadores de las masas a las que prometen la recompensa de los sufrimientos con el arribo al otro mundo. Dentro de ese marco liberal-racional, las masas son presentadas con frecuencia como portadoras de la imbecilidad y de la maldad que no permiten el diálogo inteligente y obstruyen el avance de las ideas progresistas desarrolladas por la educación, la tolerancia, la democracia.

Las mujeres pueden ser débiles, perversas, traidoras, seductoras, sumisas, obedientes, bravas, hipócritas, vengativas, traidoras o hembras, según su naturaleza. Es significativo que queden fuera de la narración (si acaso como asunto secundario o telón de fondo, pero apartadas de la violencia) el matrimonio, la esposa y los hijos, que son instituciones y seres respetables y legítimos. Quizás por ello se les ve ajenos al caos producido por la revuelta.



Los políticos y los intelectuales arribistas son criticados con frecuencia, precisamente porque siempre saben estar en el momento y lugar oportunos, o porque mudan de “chaqueta” con la misma facilidad con que cambian de bando los soldados de los grupos en pugna. Son “jilgueros” cuya palabrería confunde y no convence, pero que saben sacar provecho de los jefes, a los cuales abandonan justamente cuando el peligro es inminente y llega el momento de correr y cambiar de grupo. Los intelectuales oportunistas tienen muy buen olfato para ventear los tiempos y dirigir sus pasos por donde más les conviene, como el periodista Luis Cervantes, que de huertista pasa rápidamente a maderista. Se trata de seres de espalda flexible que se inclinan cada vez que es necesario hacerlo y que van por donde sopla mejor el viento. Retóricos, engañadores, sofistas y mentirosos que pronuncian infinidad de veces las palabras patria, nación, revolución, justicia social, libertad o igualdad para convencer a los demás, aunque para ellos no signifiquen nada: las utilizan para engañar a los ingenuos.

Demetrio Macías, el personaje central de *Los de abajo*, como sus seguidores, son armas y están poseídos por fuerzas que no comprenden bien y que por lo mismo, no pueden controlar: son arrastrados por ellas. Conforman un pueblo incapaz de hacer planes de mediano y largo plazos, pero podríamos preguntar hoy: ¿había tiempo y posibilidades de que hicieran planes? No, desde luego. El pueblo estaba incapacitado para dirigir y realizar cambios sociales profundos; sus necesidades inmediatas se desprendían de la exigencia de sobrevivir en medio de la violencia.

La visión fatalista es otra constante en los novelistas de la Revolución. Es resultado de la realidad que les tocó vivir, la cual giraba en círculos y se atenía a la ley del más fuerte y no del más capaz, entre quienes los escritores (al menos algunos) se consideraban.

La Revolución es narrada como un hecho sobre el que no hay conciencia clara ni idea de sus orígenes y motivos, y menos de los programas que se desprenderían de ella. Era una piedra que caía al abismo, una hoja arrastrada por el viento, una bola de nieve creciendo sin control.

REFLEXIONES FINALES

Como bien lo advierte Ruffinelli:

No puede decirse que la “Novela de la Revolución Mexicana” tenga una sola perspectiva, sea una sola tendencia y nos deje una misma imagen de los hechos: no sólo las diferencias entre los autores marcan esta otra diferencia, sino el que se sucedan generacionalmente y su óptica corresponda a las distintas épocas que se vivieron. (Ruffinelli, 1982: 65)

Hay que admitir lo que se ha dicho incontables veces: la Revolución de 1910 no fue una sola. Tuvo etapas, vertientes, facciones, ideologías, propósitos, actores, testigos y representantes diversos: Madero y su fe en las leyes y en la democracia; Carranza y su defensa liberal-terratendiente; la confianza en el militarismo profesional y la capacidad directiva de Felipe Ángeles; la reacción neoporfiriana y traidora encarnada por Victoriano Huerta; los caudillos que lucharon por el poder hecho institución, como Carranza y Obregón; idealistas como Zapata; defensores de un ideal social-militar, como Villa, y alrededor de ellos, hombres que los siguieron porque le daban sentido a sus luchas, aunque no comprendieran muy bien el significado de éstas. Muchas veces, la lealtad a un hombre estuvo por encima del compromiso con lograr un programa social.

Finalmente, es necesario admitir que el lector que carece de lecturas históricas puede sentirse tentado a ver en las novelas de la Revolución una descripción de la verdad histórica.



Si la Revolución Mexicana fue ese remolino violento y devastador, ¿dónde queda todo lo que de ella se ha escrito y dicho como un movimiento creador y reivindicativo del pueblo mexicano? Es claro que la respuesta es sencilla, en el sentido de que la literatura del periodo narra hechos y da interpretaciones de sentido desde la posición ideológica que le da inteligibilidad a lo narrado. Nada más lejos de la intención de los novelistas de la Revolución que proponer verdades absolutas. El suyo es un acercamiento estético a hechos que pasan por el tamiz de la ficción.

Las novelas de la Revolución presentan un mundo desordenado y sin propósitos, debajo del cual palpita el anhelo de justicia que, ahora lo sabemos, estuvo oculto primeramente y luego fue acallado deliberadamente por el estruendo de las batallas y la politiquería, por los ruidos y las voces que silenciaron las de los auténticos revolucionarios. Éstos lucharon por los derechos y libertades humanas, por el triunfo de la democracia y la participación política de todo el pueblo, por la libre manifestación de ideas, porque la nación fuese dirigida por los más aptos, por un Estado igualitario, laico y colocado por encima de los intereses particulares de los sectores sociales; porque el poder del Estado fuera ejercido por hombres venidos “de abajo”, pero sostenidos en una clara posición ideológica y en su preparación intelectual, conocedores de las necesidades del pueblo y de otros pueblos y capaces de comparar, en beneficio del país, el adelanto económico y político de otras naciones.

La riqueza de las novelas de la Revolución es muy variada. Va del testimonio literario de quienes vivieron la Revolución Mexicana y protestaron creativamente por el desarrollo que tuvo finalmente. Algunos, decepcionados de la evolución y resultado del movimiento, contrarios a las ideas políticas y sociales de ellos, se alejaron de la política mexicana. Al contrastar el tratamiento ficcional de los hechos con éstos, esas novelas dejan ver, entre líneas, las respectivas ideologías de sus autores, e incluso sus contradicciones. Son obras que, en mayor o menor medida, contienen una historia rica y profunda de la Revolución, acotada y enriquecida al mismo tiempo por el tratamiento literario. Fernando Benítez lo expresó así:

Los verdaderos historiadores [de la Revolución Mexicana de 1910] han sido los novelistas y los ensayistas. Azuela, Martín Luis Guzmán, Rafael F. Muñoz, Vasconcelos, proyectan más luz sobre ese periodo borrascoso que toda la montaña dejada por los llamados historiadores. El arte, enemigo del fárrago, del lenguaje tartajoso, de la desmesura, al erigir su mundo recrea el pasado, le devuelve a los hechos y a los personajes su vida y su magia, en suma, su profunda, trascendente espiritualidad. (Benítez, 1985: 13)

Si bien el juicio de Benítez es exagerado cuando pone por encima a los novelistas y sus novelas de los historiadores y la historia, en ocasión del Centenario de la Revolución los maestros, y no sólo los de historia, pero especialmente éstos, tienen en la literatura relativa al movimiento un medio idóneo para introducirse e introducir a sus alumnos en ese conjunto de acontecimientos que llamamos la Revolución Mexicana de 1910. Sobre todo porque hay en ese caudal literario, obras escritas por testigos directos. Este recurso no sustituye el estudio de la Revolución en la literatura estrictamente histórica, pero sí lo enriquece al ampliar su comprensión. Además, permite valorar, comparar y reconocer las condiciones en que vivía la mayoría de los mexicanos hace un siglo. En éste 2010, las condiciones son otras y diferentes los desafíos, por mucho que haya similitudes entre nuestro tiempo y el de hace un siglo. Este reconocimiento es importante en la medida que hay quienes han visto la sombra de otra revolución violenta en el horizonte. Esta percepción debe modularse sólo por el hecho de lo que el pueblo, mencionado así como se le veía hace un siglo, ha soportado cargas sociales y



económicas muy pesadas, Por ello mismo, no debe estirarse tanto la liga como para reventarla. Ya conocemos los resultados de una situación tal. También en ese sentido son aleccionadoras las novelas de la Revolución.

Vale la pena concluir con una cita tomada de *El sur quema*, de Jorge Ferretis, la relativa a la Patria que, decepcionada con los resultados de la Revolución, le dice a Juan en un mensaje dirigido a los políticos mexicanos posrevolucionarios, que bien puede estar dirigido a los políticos de hoy: “Camina Juan... diles que me canten menos... y que me miren... más...”.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles (1989), *La poética*, México, Editores Mexicanos Unidos [versión de Juan David García Bacca].
- Azuela, Mariano (1980), *La malhora, El desquite, La luciérnaga*, “Colección Popular”, México, FCE, Núm. 89.
- Benítez, Fernando (1985), *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana*, México, FCE, T. I. El porfiriismo.
- Berger, Morroe (1979), *La novela y las ciencias sociales: mundos reales e imaginarios*, “Col. Breviarios”, México, FCE, Núm. 280.
- Castro Leal, Antonio (1981), *La novela de la Revolución Mexicana*, México, Aguilar, 2 V.
- Ferreiro, Emilia et al. (1999), *Cultura escrita y educación. Conversaciones con Emilia Ferreiro*, México, FCE.
- Ferretis, Jorge (1935), *Tierra caliente*, Madrid, Espasa-Calpe.
- _____ (1937), *El sur quema*, México, Botas.
- Goldmann, Lucien (1964), *Pour une sociologie du roman*, París, Ediciones Gallimard, 372 pp.
- Leenhardt, Jacques (1975), *Lectura política de la novela*, México, Siglo XXI.
- Martínez, José Luis (1966), “La novela de la Revolución”, en *El gallo Ilustrado*, núm. 230, suplemento de *El Día*, México, 20/11/1966, pp. 1-2.
- Rojas González, Francisco (1955), *La negra Angustias*, México, Compañía General de Ediciones.
- Rosenblatt, Louise M. (2002), *La literatura como exploración*, México, Fondo de Cultura Económica, 355 pp.
- Ruffinelli, Jorge (1982), *Literatura e ideología: el primer Mariano Azuela (1896-1918)*, México, La Red de Jonás, Premia Editora, 116 pp.
- Vasconcelos, José (1983), *La tormenta*, México, Jus.
- _____ (1979), *El desastre*, México, Jus.

